

Santos Felipe y Santiago, Apóstoles

(3 de mayo)

Eco de la Liturgia



Oración colecta:

Oh, Dios, que nos alegras todos los años con la fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago, concédenos, por su intercesión, participar en la pasión y resurrección de tu Unigénito, para que merezcamos llegar a contemplarte eternamente.

Prefacio (MA, 314): En verdad es justo y necesario glorificarte, oh Dios de infinito poder, y alabarte en la fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago. Al escuchar la voz que los hizo discípulos de Cristo, siguieron su vida y su palabra con tanta fidelidad, que anhelaron conocerte, oh Padre, y contemplar abiertamente tu rostro.

Confirmados en la fe por la resurrección del maestro, se hicieron testigos elocuentes y convencidos del evangelio. Y también nuestra asamblea, reunida aquí en tu nombre y para tu gloria, se alegra con su anuncio y con la redención.

Noticias de su vida

La liturgia celebra unidos a estos dos apóstoles. **FELIPE** aparece situado en el quinto puesto en todas las listas del Nuevo Testamento (Mt 10,3; Mc 6,18; Lc 6,14; Hch 1,13). Pero es Juan quien recoge en su evangelio no pocas noticias de él; lo presenta como un hombre generoso, muy cercano a Jesús, deseoso de darlo a conocer a los demás. Él estaba en Betsaida «la ciudad de Andrés y de Pedro». Tras haber sido llamado por Jesús, Felipe «encontró a Natanael y le dijo: "Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés y los profetas, Jesús, hijo de José, de Nazaret"». A la respuesta más que escéptica de Natanael, Felipe lo invita a comprobar por sí mismo la noticia: «Ven y lo verás» (Jn 1,42- 46).

Con ocasión de la multiplicación de los panes, habiéndole preguntado Jesús «dónde» adquirir pan para tanta gente, Felipe responde con gran realismo: «Dosecientos denarios de pan no son suficientes ni siquiera para que cada uno reciba un trozo» (Jn 6,5-7). Sin embargo, él no sabía que Jesús había hecho la pregunta para «ponerlo a prueba» (Jn 6,6), es decir, para conocer su fe. Antes de la pasión, algunos prosélitos griegos «se acercaron a Felipe ... y le dijeron: "Señor, queremos ver a Jesús", Felipe fue a decírselo a Andrés, y después Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús» (Jn 12,20-22). Esta es una prueba del relevante papel de Felipe en el colegio apostólico. En la última cena, habiendo afirmado Jesús que «conociéndolo» a él se conoce también al Padre,

Felipe, que no ha entendido el discurso, le pregunta: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». En tono benévolo, Jesús le responde pronunciando importantes palabras sobre su misterio: «Hace tanto tiempo que estoy con vosotros y no me conoces Felipe, quien me ha visto a mí ha visto al Padre ... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?» (Jn 14,7-11).

Según las tradiciones más concordantes, habría evangelizado Frigia y habría muerto en Gerápolis de Frigia. No se sabe nada del tipo de martirio: quizás fue crucificado boca abajo. *Los atributos iconográficos de Felipe son la cruz* (como recuerdo del martirio), alguna vez una piedra (aludiendo a su lapidación) o un dragón (domado por el santo ante paganos).

Además de Santiago, el hermano de Juan (= Santiago el Mayor) se menciona en todas las listas de los apóstoles otro **SANTIAGO**, hijo de Alfeo, que curiosamente se encuentra siempre a la cabeza del tercer grupo de los cuatro que constituyen el colegio de los Doce (cf. Mt 10, 3-4; Mc 3, 18-19; Lc 6, 15-16; Hch 1, 13.25). Ha sido habitual identificar al apóstol Santiago «el Menor», con uno de los parientes de Jesús y con el presidente de la comunidad de Jerusalén. Las referencias antiguas son muy numerosas y las discusiones sobre tal identificación continúan todavía.

Según el historiador Flavio Josefo, *Santiago sería condenado a muerte y lapidado*, hacia el año 62, por orden del sumo sacerdote Ananías II. Una leyenda, que se remonta a las Memorias de Hegesipo (siglo II), dice que fue precipitado desde lo alto de la terraza del templo que se asomaba al valle del Cedrón, donde un batanero terminó por golpearlo hasta la muerte, precisamente el día de Pascua del año 62.

Desde el siglo VI, las reliquias de los Santos Felipe y Santiago el Menor se conservan en Roma, en la basílica de los Santos Doce Apóstoles. Se ha afirmado con razón que, para la comunidad cristiana, Santiago "el Menor" es una especie de puente. Representa, por una parte, la fidelidad a las tradiciones de Israel y, por otra, la necesaria apertura para admitir en el seno de la comunidad a los hermanos que proceden del paganismo. Con él se hace realidad la convicción de que Cristo ha venido a derribar el muro que los separaba y a formar un pueblo único para Dios.